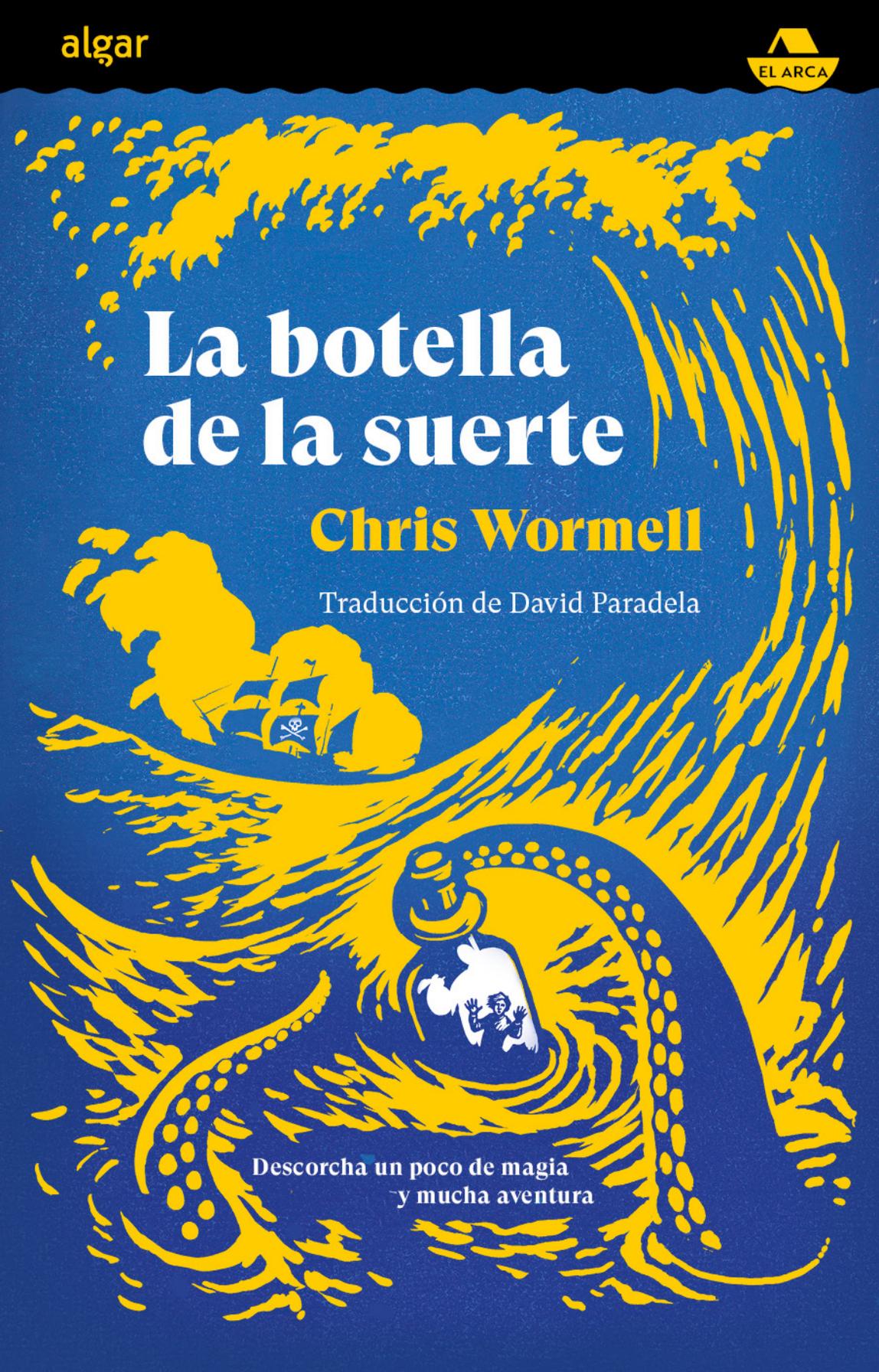


La botella de la suerte

Chris Wormell

Traducción de David Paradela



Descorcha un poco de magia
y mucha aventura



Capítulo 1

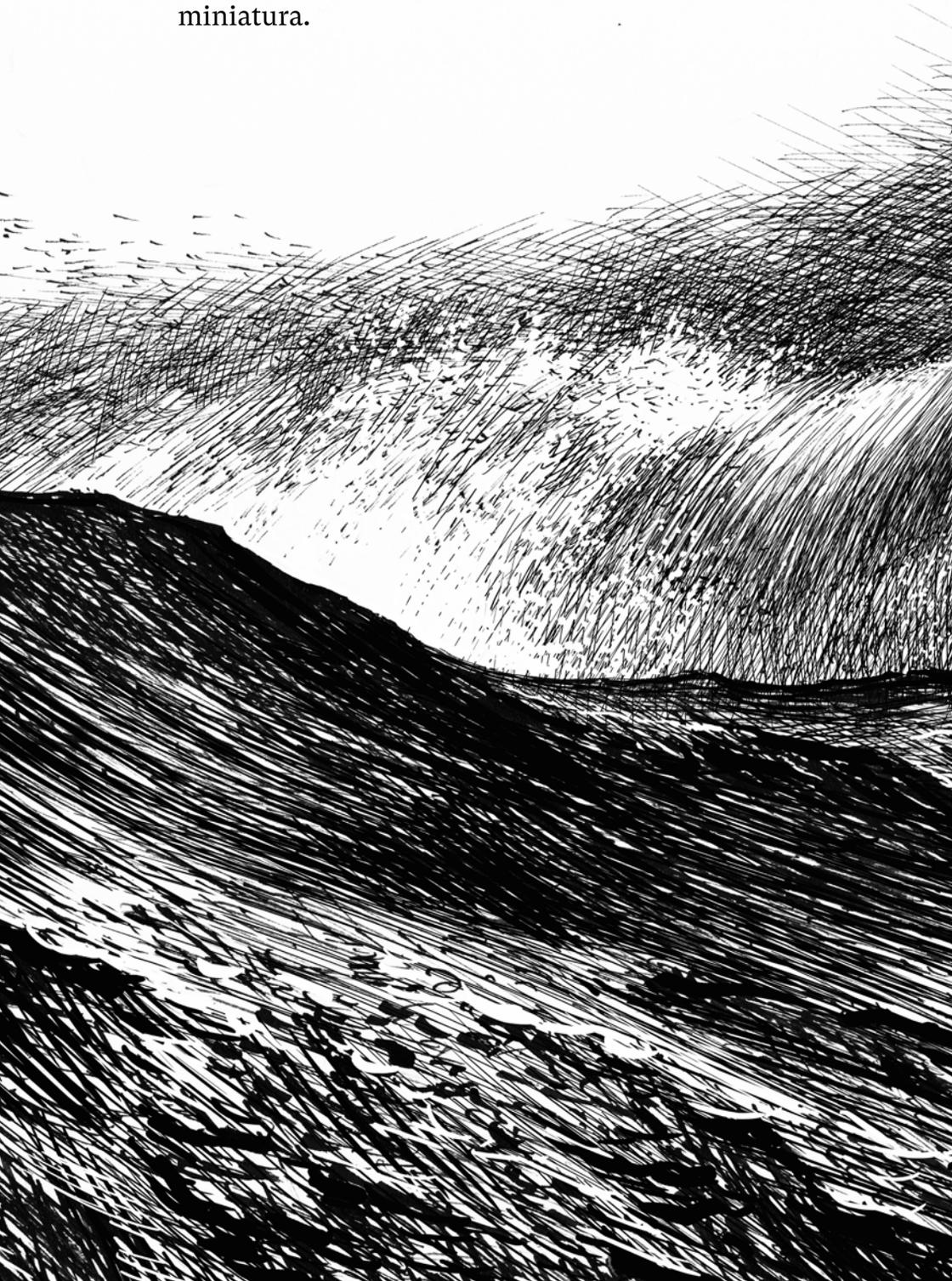
La tormenta

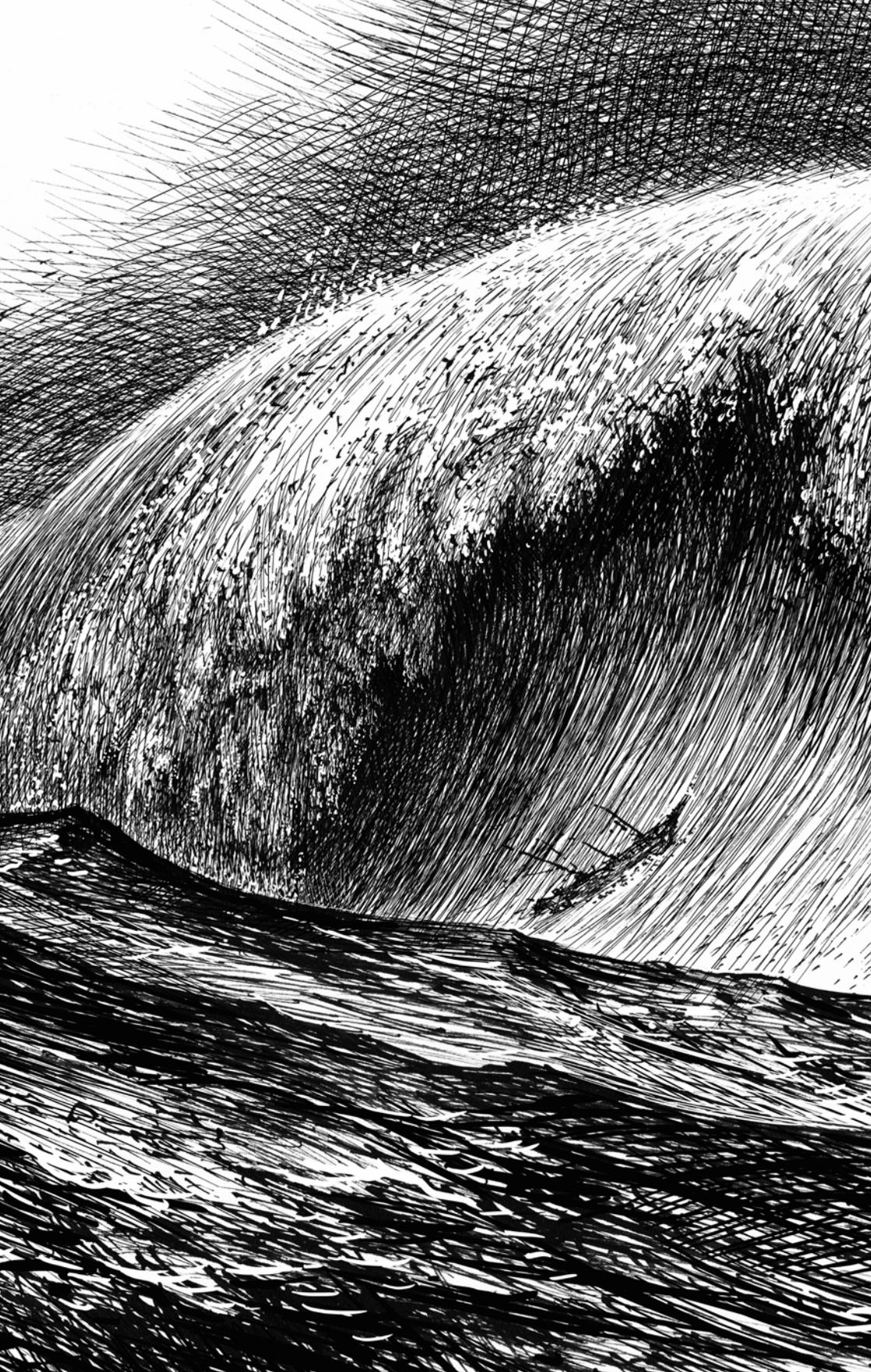
¿Has visto alguna vez un velero en miniatura dentro de una botella? ¿Sí? ¿Y sabías que esos objetos reciben el nombre de «botellas imposibles»? Porque, claro, ¿cómo iba a ser posible meter un barco, con sus mástiles y sus velas, por el estrecho cuello de una botella?

Yo no lo sé, ¿y tú?

Esta es la historia del primer barco que entró en una botella y de la persona que consiguió meterlo. Sin embargo, no empieza con un barco en miniatura, sino con uno de verdad y de tamaño natural que hubo hace mucho tiempo, en un océano lejano y en una noche en que había

una horrible tempestad, con olas tan altas que,
a su lado, el barco parecía casi una maqueta en
miniatura.





Cubiertas inundadas, mástiles partidos... La nave se inclina de un lado para otro, la proa se levanta abruptamente, muy por encima de la popa, al tiempo que el océano, como una enorme cresta montañosa, se yergue hacia el cielo, se inclina, se pliega y se abate sobre el barco...

Y el barco desaparece.

En la superficie sale a flote un barril...

Un fragmento de mástil astillado; el bauprés roto; el timón; fragmentos de tablones...

Luego una mano...

Una mano que busca, que aprieta, que se aferra al trozo de mástil rodeado de cuerda..., y entonces, una cabeza, un brazo: un muchacho que rebufa, que escupe, que tose, que expulsa el agua salobre jadeando bajo el viento y la lluvia, abrazado al mástil y pálido como un fantasma en mitad del vasto océano, negro como la tinta...

Aferrado al mástil, sube y baja con el vaivén de las olas.

Pasan las horas y, a ratos, parece que el muchacho pierde el conocimiento. Tiene el cuerpo entumecido por el frío; los dedos congelados se le abren, y entonces...

-¡Jack!



Una voz apagada grita su nombre desde la distancia, entre el rugir del viento.

Lo llama de nuevo:

-¡Jack!

Imperiosa, insistente. Una esperanza irracional prende en el corazón del muchacho, que intenta gritar, pero solo alcanza a farfullar un susurro entrecortado. Le parece ver a su padre chapoteando hacia él entre las olas, con los brazos extendidos para rescatarlo de la blanca espuma que trata de engullirlo...

-¡Jack!

De repente, entiende que la voz no es más que un recuerdo. La voz de su padre en una tar-

de soleada de hace mucho tiempo, en una playa lejana.

No hay nadie ahí para rescatarlo. Se agarra al mástil rodeado de cuerdas, que sube y baja por la giba de las olas, altas como montes.

Jack se encontraba tendido bocabajo en una playa, con la mejilla apoyada sobre la arena húmeda. Una mosca se le posó en la nuca. Abrió un ojo y, levantando la cabeza, tosió y escupió agua con arena. Luego se incorporó, levantó una mano, se protegió los ojos del resplandor y miró a un lado y a otro de la playa. Después, volvió la vista hacia el océano de color azul verdoso. Por un momento, pensó que aquella podía ser la playa de antaño, y que su padre, su madre y su hermana estarían allí. Pero no; estaba solo, con unos cuantos fragmentos de barco esparcidos sobre la arena blanca.

A su derecha, Jack distinguió unas rocas que rielaban a lo lejos por efecto del calor y, poniéndose en pie, caminó hacia ellas. Desde lo alto de las rocas, pudo ver algo de lo que había detrás de la playa: un pedregal irregular con arena y arbustos y, algo más lejos, un montón de peñascos

más grandes que formaban una pequeña colina. En todas partes podían apreciarse las secuelas de la tormenta: arbustos arrancados de raíz y arrojados por aquí y por allá, algunos adornados con algas, conchas y cuerpos partidos de pequeños cangrejos. No se veía el menor rastro de casas o edificios. Intentó gritar, pero tenía la garganta y la boca tan y tan reseca que su voz fina y quebradiza se perdió en el viento.

Más abajo, la playa describía un pronunciado giro a la derecha y se veían más rocas que brillaban bajo el sol. Bajó del montículo y, mientras caminaba, gritó como pudo el nombre de sus compañeros de tripulación:

–¡Capitán Trelawney! ¡Señor Scobey! ¡Billy Braddock!

Y así con todos. Como no obtenía respuesta, empezó a pensar que a lo mejor era el único que había sobrevivido al naufragio y que se encontraba completamente solo en aquellas costas desconocidas. Trató de quitarse esa idea de la cabeza; era algo en lo que no se atrevía ni a pensar. «Tiene que haber alguien más, ¡tiene que haber alguien!».

Echó a correr, pero, debilitado como estaba por el cansancio y el hambre, dio un traspié, cayó y se quedó tendido en la arena jadeando.

Notó que su mano derecha había tocado un objeto liso, duro y redondeado. Levantó la cabeza para ver qué era: una especie de cúpula de color blancuzco que sobresalía ligeramente entre la arena. Quizá una piedra. Aunque, por el tacto, no parecía una piedra. Lleno de curiosidad, se incorporó y empezó a escarbar alrededor del objeto... hasta que se apartó de un brinco.

Mirándolo fijamente, con las cuencas de los ojos vacías, había un cráneo humano.

